

—Sí, querida mía, llega ahora y busca una institutriz que le enseñe el buen gusto.

—Señora duquesa—repuso Eugenio—¿no es natural que quiera uno iniciarse en los secretos de lo que le encanta? Vamos—se dijo para sus adentros—estoy seguro de que sólo estoy diciendo frases de barbero.

—Pero la señora de Restaud creo que es ahora discípula del señor de Trailles—dijo la duquesa.

—Sí, señora, pero yo no sabía nada y por eso me interpuse aturdidamente entre ellos—repuso el estudiante.—En fin, me había entendido bastante bien con el marido y era soportado á intervalos por la mujer, cuando me dió la ocurrencia de decirles que conocía á un hombre que acababa de ver salir por una escalera de escape y que había besado á la condesa en el pasillo.

—Y ¿quién era ese hombre?—dijeron las dos mujeres.

—Un anciano que paga dos luises al mes en el arrabal de San Marcelo y que vive en la misma posada que yo, un verdadero desgraciado que es la burla de todo el mundo y al cual llamamos nosotros el padre Goriot.

—Pero ¡qué chiquillada ha hecho usted!—exclamó la vizcondesa.—¿Si la señora de Restaud se apellida Goriot!

—Sí, y es hija de un fabricante de fideos—repuso la duquesa—una mujercita que se hizo presentar el mismo día que la hija de un pastelero ¿no se acuerda usted, Clara? El rey se echó á reír y dijo en latín una buena palabra acerca de la harina. Gentes... ¿cómo dijo? gentes...

—*Ejusdem farinae*,—dijo Eugenio.

—Eso mismo—dijo la duquesa.

—¡Ah! ¡es su padre!—repuso el estudiante haciendo un gesto de horror.

—Sí, ese buen hombre tenía dos hijas y está loco por ellas, á pesar de que una y otra casi han renegado de él.

—¿No está casada la segunda con un banquero cuyo nombre es alemán, un barón de Nucingen?—dijo la vizcondesa mirando á la duquesa de Langeais.—¿No se llama Delfina? ¿No es una rubia que tiene un palco en la Ópera y que va también á los Bufones, donde se ríe de un modo escandaloso, para llamar la atención?

La duquesa se sonrió y dijo:

—Pero, querida mía, les admiro á ustedes; ¿por qué se ocupan tanto de esas gentes? Se necesita estar locamente enamorado como lo estaba Restaud para mancharse de harina con el contacto de la señorita Anastasia. ¡Oh! ya se arrepentirá. Su mujer está entregada al señor de Trailles, y no le faltarán disgustos.

—¡Han renegado de su padre!—repetía Eugenio.

—Sí, de su padre, del padre, un padre—repuso la vizcondesa,—un buen padre que se lo ha dado todo, según se dice, que desembolsó quinientos ó seiscientos mil francos para hacer su dicha casándolas bien, y que no se había reservado más que ocho ó diez mil francos para él, creyendo que sus hijas seguirían siendo sus hijas, que él se había creado dos existencias y que tendría dos casas donde sería adorado y mimado; pero en dos años sus yernos lo han desterrado de su compañía como si fuera el último de los miserables.

Algunas lágrimas brotaron de los ojos de Eugenio, que aun estaba bajo el encanto de las santas y puras emociones de la familia, y que frecuentaba por primera vez el campo de batalla de la civilización parisiense. Las emociones verdaderas son tan comunicativas, que aquellas tres personas guardaron silencio por un instante.

—¡Oh! sí, Dios mío, esto muy horrible, y sin embargo lo vemos todos los días—dijo la señora de Langeais.—¿No obedecerá á alguna causa? Dígame usted querida mía ¿ha pensado usted alguna vez en lo que es un yerno? Un yerno es un hombre para el cual usted y yo educamos á una criatura á la que estamos unidas por mil lazos, que será durante diez y siete años el goce de la familia y que pasará á ser después su desgracia, toda vez que cuando el yerno se ha apoderado de ella, emplea su amor contra nosotros cual si fuese un hacha, á fin de cortar todos los lazos que unen á su esposa con la familia. Ayer, nuestra hija era todo para nosotros, y nosotros éramos todo para ella; y hoy se constituye en nuestra enemiga. ¿No presenciarnos todos los días esta misma tragedia? Aquí la nuera se muestra implacable con su suegro, que lo ha sacrificado todo por su hijo, y más allá un yerno pone á su suegra á la puerta. Muchas veces oigo yo preguntar si hay algo dramático en la sociedad, y yo entiendo que el drama del yerno es espantoso, sin contar con que nuestras bodas han pasado á ser cosas muy tontas. Me doy perfecta cuenta de lo que le ha ocurrido á ese anciano fabricante de pastas. Creo recordar que ese Fo-

—Goriot, señora.

—Bueno; que ese Goriot fué presidente de su sección durante la revolución y que empezó á hacer fortuna vendiendo la harina á un precio diez veces mayor que el que le costaba y en la cantidad que quería. El intendente de mi abuela le vendió cantidades inmensas. Como todas esas gentes, yo creo que ese Goriot se repartía las ganancias con el comité de higiene pública. Recuerdo que el intendente le decía á mi abuela que podía permanecer con toda seguridad en Grandvilliers, porque sus trigos eran una excelente carta cívica. Ahora bien, ese Goriot que vendía trigo á los verdugos no tuvo más que una pasión. Según se dice, adora á sus hijas. Á la mayor la casó con el primogénito de la casa de Restaud, y á la segunda con el barón de Nucingen, rico banquero que se finge realista. Ya comprenderán ustedes que, bajo el Imperio, los dos yernos no se opusieron á tener en su casa á ese viejo Noventa y tres, toda vez que el hecho podía pasar con Bonaparte; pero cuando los Borbones volvieron, el buen hombre se vió abandonado, no sólo por Restaud, sino también por el banquero. Las hijas, que tal vez segufan amando á su padre, quisieron nadar entre dos aguas halagando al padre y al marido, y recibieron á Goriot cuando no había nadie en casa, buscando pretextos de ternura y diciéndole que fuese cuando estuviesen solas, porque estarían mejor, etc., etc. Yo, querida mía, que opino que los sentimientos tienen ojos é inteligencia, entiendo que el corazón de ese pobre Noventa y tres debía sangrar de dolor. Ha visto que sus hijas se avergonzaban de él y que si ellas amaban á sus maridos, él perjudicaba á sus yernos. Era preciso,

pues, sacrificarse, y se ha sacrificado, porque era padre, desterrándose á sí propio de sus casas. Al ver á sus hijas contentas, comprendió que había hecho bien. El padre y las hijas han sido cómplices de este pequeño crimen. Esto lo vemos todos los días. ¿No habría sido una mancha en los salones de sus hijas ese pobre padre Goriot? El infeliz se hubiese sentido molesto y aburrido. Lo que le ocurre á ese padre le puede ocurrir á la mujer más bonita con el hombre á quien más ama: si lo aburre con su amor, él huye de ella, y para huir comete las mayores cobardías. Con todos los sentimientos pasa lo mismo. Nuestro corazón es un tesoro, y vaciándolo de repente queda una arruinada. Nunca perdona la humanidad el que un sentimiento se haya mostrado en todo su entusiasmo, del mismo modo que nosotros nunca le perdonamos á un hombre el que no tenga un céntimo. Ese padre lo había dado todo: durante veinte años había entregado sus entrañas y su amor, y había dado su fortuna en un día. Una vez esprimido el limón, sus hijas le han abandonado.

—El mundo es muy infame—dijo la vizcondesa sin levantar la vista, pues se sentía herida en lo más vivo de su corazón, por las palabras con que la duquesa de Langeais le había aludido en el relato de esta historia.

—Infame, no; sigue su curso, y nada más—repuso la duquesa.—Y si yo le hablo de este modo, es para demostrarle que el mundo no me engaña. Yo pienso como usted—añadió estrechando la mano á la vizcondesa.—El mundo es un lodazal; procuremos nosotros permanecer en las alturas—continuó levantándose y besando en la frente á la señora de Beauseant.—Querida mía, en

este momento está usted muy guapa y tiene unos colores como no he visto á nadie.

Dicho esto, salió después de haber inclinado ligeramente la cabeza dirigiéndose al estudiante.

—El padre Goriot es sublime—dijo Eugenio acordándose del día en que le había visto retorcer el servicio de plata.

La señora de Beauseant no le oyó, porque estaba muy pensativa. Transcurrieron algunos momentos de silencio, durante los cuales el pobre estudiante no se atrevía á irse, á quedarse, ni á hablar.

—El mundo es infame y malvado—dijo por fin la vizcondesa.—Tan pronto como nos ocurre una desgracia, se encuentra siempre un amigo dispuesto á venir á decirnosla y á escudriñarnos el corazón con un puñal, al mismo tiempo que nos lanza al rostro sarcasmos y burlas. ¡Ah! me defenderé—añadió levantando la cabeza y con los ojos chispeantes.—Pero ¡ah! ¿está usted aquí?—dijo al ver á Eugenio.

—Todavía—dijo Rastignac con tono lastimero.

—Pues bien, señor de Rastignac, trate usted á este mundo como se merece. Si quiere usted medrar, yo le ayudaré, y ya verá cuán profunda es la corrupción femenina y cuán inmensa la miserable vanidad de los hombres. Aunque yo había leído atentamente en ese gran libro que se llama mundo, desconocía aun muchas de sus páginas. Ahora lo sé todo. Cuanto más friamente calcule, más arriba llegará. Hiera sin piedad, y será siempre temido. No acepte á los hombres y á las mujeres más que como caballos de posta, que puede dejar reventados en cada relevo, á fin de llegar

á la cima de sus deseos. Mire, nada será aquí si no tiene una mujer que se interese por usted, y esta mujer ha de ser rica, joven y elegante. Si llega á sentir por ella un cariño verdadero, ocúltelo como un tesoro y no lo deje adivinar, porque estaría perdido, y en lugar de ser verdugo pasaría á ser la víctima. Si alguna vez ama, guarde bien el secreto y no lo entregue antes de mirar mucho á quien abre su corazón. Escuche usted, Miguel... (la vizcondesa equivocaba el nombre sin apercibirse de ello.) Existe algo más espantoso que el abandono de un padre cuyas hijas le desean tal vez la muerte, y este algo es la rivalidad de dos hermanas. Restaud es noble, y su mujer fué presentada á la nobleza y adoptada por ella; pero su hermana, su rica hermana, la hermosa señora Delfina de Nucingen, esposa de un hombre adinerado, se muere de pena y se consume de envidia porque está á cien leguas de su hermana. Su hermana no es ya para ella tal, y estas dos mujeres se reniegan entre sí como reniegan de su padre. La señora de Nucingen la mería, pues, todo el barro que hay entre la calle de San Lázaro y la de Grenelle por entrar en mi salón. Ha creído que de Marsay le haría lograr su objeto y se ha hecho esclava de él; pero de Marsay se ocupa muy poco de ella. Si usted me la presenta, será su Benjamín y le adorará. Después ámela si puede, y si no, sírvase de ella. Yo la recibiré una ó dos veces en días que haya en mi casa mucha gente, pero no la recibiré nunca por la mañana. Con esto y con que la salute habrá bastante. Por haber pronunciado el nombre del padre Goriot, se ha cerrado usted la puerta de la casa de la condesa. Sí, querido mío, veinte veces

que fuese usted á casa de la condesa de Restaud, veinte veces la hallaría ausente, porque ha sido usted despedido. Ahora bien, que el padre Goriot le presente á la señora Delfina Nucingen, y ésta podrá ser su bandera. Sea el hombre á quien ella distingue, y las mujeres se volverán locas por usted. Sus rivales, sus amigas, sus mejores amigas se le disputarán, pues hay mujeres que aman al hombre escogido ya por otras, como hay pobres plebeyas que, poniéndose nuestros sombreros, esperan adquirir nuestros modales. Tendrá usted éxitos. En París, el éxito es todo, es la llave del poder. Si las mujeres le juzgan gracioso y listo, los hombres le juzgarán lo mismo si usted no desmiente sus juicios, y entonces podrá quererlo todo y tendrá entrada en todas partes. Entonces sabrá usted que el mundo es una reunión de bribones y de engañados. No pertenezca usted ni á los unos ni á los otros. Para entrar en este laberinto le doy mi nombre como un hilo de Ariadna. No lo comprometa, procure devolvérmelo immaculado—añadió dirigiendo al estudiante una mirada de reina.—Bueno, déjeme usted, porque también nosotras las mujeres tenemos que librar nuestras batallas.

—Si necesita usted un hombre de buena voluntad para poner fuego á una mina...—dijo Eugenio interrumpiéndola.

—¿Qué?—le preguntó ella.

El joven se llevó la mano al corazón, dirigió una sonrisa á su prima, y salió.

Rastignac tenía hambre, temió no llegar á tiempo para comer, y este temor le hizo sentir la dicha de lan-

zarse precipitadamente hacia su casa. Este placer puramente maquinal, le dejó en libertad completa para entregarse á los pensamientos que le asaltaban. Cuando un joven de su edad se ve despreciado, se encoleriza, rabia, amenaza á la sociedad entera, quiere vengarse y desconfía de sí propio. Rastignac se sentía anonadado en aquel momento por estas palabras: «Se ha cerrado usted en este momento las puertas de la casa de la condesa».

—Sin embargo —se dijo,—iré, y si la señora de Beauseant tiene razón, si he sido despedido... la señora de Restaud me encontrará en todos los salones adónde vaya. Aprenderé á manejar las armas y á tirar á pistola y le mataré á su Máximo. ¡Y el dinero! ¿de dónde lo sacarás?—le gritaba su conciencia.

De pronto, la riqueza que viera en casa de la condesa de Restaud brilló ante sus ojos. Rastignac había visto allí el lujo que tanto debía encantar á una señorita Goriot, objetos de gran precio, el derroche de la mujer entretenida; pero aquella fascinadora imagen quedó eclipsada por la grandiosidad del palacio de Beauseant. Su imaginación, transportada á las elevadas regiones de la sociedad parisiense, llenó su corazón de pensamientos malos, ensanchándole el cerebro y la conciencia. Vió el mundo tal cual es, y vió en la fortuna la *ultima ratio mundi*.

—Vautrín tiene razón, la fortuna es la virtud—se dijo.

Llegado á la calle Nueva de Santa Genoveva, subió rápidamente á su habitación, bajó para dar diez francos al cochero y penetró en aquel comedor nauseabundo

donde vió, cual animales en el pesebre, á los diez y ocho huéspedes que se disponían á saciarse. El espectáculo de aquella miseria y el aspecto de aquella sala le hicieron un efecto horrible. La transición era demasiado brusca y el contraste demasiado completo para que no desarrollasen en él sentimientos de ambición. De una parte las frescas y encantadoras imágenes de la naturaleza social más elegante; figuras jóvenes, animadas, rodeadas de las maravillas del arte y del lujo, cabezas apasionadas llenas de poesía; del otro, siniestros cuadros plagados de fango, rostros donde las pasiones sólo habían dejado sus cuerdas y su mecanismo. Las enseñanzas que la cólera de una mujer abandonada había arrancado á la señora de Beauseant y sus ofertas capciosas acudieron á su mente, y la miseria las comentó. Rastignac resolvió abrir dos zanjas paralelas para lograr la fortuna, apoyarse en la ciencia y en el amor, ser un doctor sabio y un hombre á la moda. ¡Era aún muy niño, y no sabía que estas dos líneas son dos asíntotas que no pueden encontrarse nunca.

—Está usted muy sombrío, señor marqués—le dijo Vautrín dirigiéndole una de aquellas miradas de que se servía el taimado huésped para apoderarse de los secretos más ocultos en el corazón.

—No estoy dispuesto á sufrir las bromas de los que me llaman señor marqués—respondió el joven.—Aquí, para ser verdaderamente marqués, se necesita tener cien mil francos de renta, y cuando se vive en la casa Vauquer, no está uno autorizado para creerse el niño mimado de la fortuna.

Vautrín miró á Rastignac con aire paternal y displi-

cente como diciendo:—Infeliz, no tendría contigo ni para un bocado,—y después le respondió:

—Vamos, veo que está usted de mal humor porque ha sido mal recibido por la hermosa condesa de Restaud.

—Sí, me ha cerrado las puertas de su casa porque le dije que su padre comía en nuestra mesa—exclamó Rastignac.

Todos los comensales se miraron de reojo. El padre Goriot bajó la vista y se volvió para enjugarse los ojos, diciéndole á su vecino:

—Me ha echado usted tabaco en el ojo.

—El que en lo sucesivo se meta con el padre Goriot tendrá que vérselas conmigo—dijo Eugenio mirando al vecino del antiguo fabricante de pastas.—Ese hombre vale más que todos nosotros. No hablo de las damas—dijo volviéndose hacia la señorita Taillefer.

Esta frase causó sorpresa, y Eugenio la pronunció de un modo que impuso silencio á todo el mundo, siendo Vautrín el único que dijo chanceando:

—Para tomar al padre Goriot bajo su protección y constituirse en su editor responsable, se necesita saber manejar una espada y tirar bien á pistola.

—Así lo haré—dijo Eugenio.

—¿Acaso ha entrado usted hoy en campaña?

—Puede que sí—respondió Rastignac.—Pero toda vez que yo no procuro adivinar lo que hacen los demás por la noche, no me creo obligado á dar cuenta de mis asuntos á nadie.

Vautrín miró á Rastignac de reojo.

—Pequeño, cuando se pretende no ser burlado por

los muñecos, es preciso entrar de lleno en el escenario y no entretenerse en mirar por los agujeros del telón. Basta basta—añadió viendo á Eugenio próximo á irritarse.—Cuando usted quiera hablaremos un rato á solas.

La comida fué triste y sombría. El padre Goriot, absorbido por el profundo dolor que le había causado la frase del estudiante, no comprendió que la disposición de ánimos había cambiado respecto á él y que un joven, en estado de imponer silencio á la persecución, había tomado su defensa.

—¿Resultará ahora que el señor Goriot es padre de una condesa?—dijo la señora Vauquer en voz baja.

—Y de una baronesa—le replicó Rastignac.

—No me extraña nada—dijo Bianchón á Rastignac;—le he examinado la cabeza, y la única protuberancia que tiene desarrollada es la de la paternidad. Ese hombre será un *Padre Eterno*.

Eugenio estaba demasiado serio para que le causase risa la broma de Bianchón. Quería aprovechar los consejos de la señora de Beauseant y se preguntaba dónde y cómo se procuraría dinero. Preocupado con estas ideas, se quedó solo en el comedor una vez acabada la comida.

—¿Conque ha visto usted á mi hija?—le dijo Goriot con voz conmovida.

Sacado de su meditación por las palabras del buen hombre, Eugenio le tomó la mano y contemplándole con una especie de ternura, le contestó:

—Es usted un hombre digno y honrado. Más tarde hablaremos de sus hijas.

Dicho esto, se levantó sin querer escuchar al padre

Goriot y se retiró á su cuarto, donde escribió á su madre la siguiente carta:

«Mi querida madre: Mira si tienes otro pecho para amamantar de nuevo á tu hijo. Estoy en situación de hacer fortuna y necesito á toda costa mil doscientos francos. No digas nada á mi padre de esta petición, porque tal vez se opondría á ella, y si yo no tuviese esa suma, sería presa de una desesperación que me llevaría á levantarme la tapa de los sesos. Tan pronto como te vea te explicaré los motivos de esta, y digo tan pronto como te vea, porque habría de escribirte volúmenes enteros para hacerte comprender la situación en que me hallo. Mamá querida, no he jugado, no debo nada, pero si te interesa conservar la vida que me has dado, necesito tener esa suma. Voy á casa de mi parienta la vizcondesa de Beauseant, que me ha tomado bajo su protección, tengo que frecuentar el mundo y carezco de dinero para guantes limpios. Sabré estar á pan y agua, ayunaré si es necesario; pero no puedo pasar sin las herramientas necesarias para trabajar la viña en este país. Se trata para mí de hacer fortuna ó de permanecer en la miseria. Ya sé las esperanzas que tenéis cifradas en mí, y quiero realizarlas cuanto antes. Madre mía, vende alguna de tus joyas, que no tardaré yo en reemplazarla. Conozco sobradamente la situación de nuestra familia para saber apreciar tales sacrificios, y ya debes suponer que sería un monstruo si te los exigiese en vano. No veas en mi ruego más que el grito de una imperiosa necesidad. Nuestro porvenir estriba por completo en este subsidio, con el cual debo comenzar la

campaña, pues esta vida de París es un combate perpetuo. Si no hubiera más recurso que vender los encajes de mi tía para completar la suma, dile que yo se los enviaré más hermosos.» Etc.

Escribió también á sus hermanas pidiéndoles sus economías, y para arrancárselas sin que ellas hablasen en familia del sacrificio que no dejarían de hacer gustosas por él, interesó su delicadeza atacando á las cuerdas del honor, que están muy tirantes y resuenan siempre bien en los corazones jóvenes. Cuando hubo escrito estas cartas sintió un temblor involuntario; palpitaba y se estremecía. Aquel joven ambicioso conocía la inmaculada nobleza de aquellas almas sepultadas en la soledad, sabía las penas y los goces que causaría á sus dos buenas hermanas y el placer con que socorrerían en secreto á su muy amado hermano, y su conciencia se iluminó haciéndoles ver á aquellos seres queridos en actitud de contar en secreto su pequeño tesoro: las vió desplegando el genio malicioso de las jóvenes para enviarle el dinero de incógnito, inventando un primer engaño para ser sublimes.

—El corazón de una hermana es un diamante de pureza, un abismo de ternura—se dijo.

Se sentía avergonzado de haber escrito. ¡Cuán poderosos serían sus votos y cuán puro el impulso de sus almas hacia el cielo! ¡Con cuánto gusto se sacrificarían! ¡Qué dolor experimentaría su madre si no podía enviarle toda la suma! Estos hermosos sentimientos, estos espantosos sacrificios, iban á servirle de escalón para llegar hasta Delfina de Nucingen. Algunas lágrimas, úl-

timos granos de incienso quemados en el sagrado altar de la familia, brotaron de sus ojos. Preso de desesperada agitación, Eugenio comenzó á pasearse por su cuarto, y el padre Goriot, al verle á través de la puerta, que había quedado entreabierta, entró y le dijo:

—¿Qué tiene usted, señor?

—¡Ah! vecino mío, yo soy aún hijo y hermano como usted es padre. Tiene usted razón en temblar por la condesa Anastasia, porque está en manos del señor de Trailles, que la perderá.

El padre Goriot se retiró balbuceando algunas palabras, cuyo sentido no pudo comprender Eugenio. Al día siguiente, Rastignac fué á echar las cartas al correo. Dudó hasta el último momento, pero al fin se decidió á echarlas al buzón diciéndose: ¡Triunfaré! Esta es la palabra del jugador, del gran capitán, palabra fatalista que pierde á más hombres que salva. Algunos días después, Eugenio fué á casa de la señora Restaud sin lograr ser recibido. Tres veces más volvió, y las tres encontró la puerta cerrada, á pesar de presentarse á horas en que no estaba el conde Máximo de Trailles. La vizcondesa había tenido razón. El estudiante no estudió ya, iba á las clases para responder á la lista, y una vez que respondía se marchaba. Se había hecho el razonamiento que se hacen la mayor parte de los estudiantes: reservaba el estudio para el momento de examinarse, había resuelto hacer de una vez el segundo y tercer año, y estudiar luego seriamente el derecho. De este modo le quedaban quince meses de tiempo para navegar por el océano de París, entregándose en él á la trata de mujeres, ó á hacer fortuna. Durante aquella semana vió

dos veces á la señora de Beauseant, á cuya casa no iba hasta el momento en que veía salir el coche del marqués de Adjuda. Por algunos días aún, esta ilustre mujer, que era la figura más poética del arrabal Saint-Germain, salió victoriosa y logró suspender el matrimonio de la señorita de Rochefide con el marqués de Adjuda-Pinto. Pero aquellos últimos días, que contribuyeron á hacer más ardiente el temor de perder su dicha, debían precipitar la catástrofe. El marqués de Adjuda, de acuerdo con los Rochefide, había considerado aquella disputa y su reconciliación como una circunstancia feliz, y esperaba que la señora de Beauseant se acostumbraría á la idea de aquel matrimonio y acabaría por sacrificar sus mañanas por un porvenir previsto en la vida de los hombres. No obstante las más santas promesas renovadas cada día, el señor de Adjuda desempeñaba, pues, la comedia, y la vizcondesa se complacía en verse engañada. «En lugar de saltar noblemente por la ventana, se dejaba arrastrar por las escaleras», decía de ella la duquesa de Langeais, su mejor amiga. Sin embargo, aquellos últimos resplandores duraron bastante tiempo para que la vizcondesa permaneciese en París y sirviese de algo á su joven pariente, por el cual llegó á sentir una especie de supersticioso afecto. Eugenio se le había mostrado lleno de abnegación y de sensibilidad en una circunstancia en que las mujeres no ven piedad ni consuelo en ninguna mirada.

En su deseo de conocer perfectamente el terreno que iba á pisar, Rastignac, antes de entrar en la casa de Nucingen, quiso conocer la vida anterior del padre Goriot y recogió las siguientes noticias fidedignas.

Antes de la revolución, Juan Joaquín Goriot era un sencillo obrero de una fábrica de pastas, hábil, económico y bastante emprendedor para haber comprado el establecimiento de su amo, que fué víctima del primer levantamiento de 1789. Se había establecido en la calle de la Jussienne, cerca del mercado de trigos, y había tenido el buen acuerdo de aceptar la presidencia de su sección, á fin de que los personajes más influyentes de aquella época protegieran su comercio. Esta prudencia fué el origen de su fortuna, que comenzó en la penuria falsa ó verdadera á causa de la cual adquirieron los granos un precio enorme en París. El pueblo se mataba á la puerta de las panaderías, mientras que ciertas personas acudían muy tranquilas á comprar pastas de Italia á las abacerías. Durante aquel año, el ciudadano Goriot amontonó capitales que le fueron de gran utilidad para hacer su comercio con toda la superioridad que procura el dinero al que lo posee. Le ocurrió á él lo que les ocurre á todos los hombres que sólo tienen una capacidad relativa: su medianía le salvó. Por otra parte, como su fortuna no fué conocida hasta el momento en que ya no era peligroso ser rico, no excitó la envidia de nadie. El comercio de granos parecía haber absorbido toda su inteligencia. Goriot no tenía igual si se trataba de trigos, de harinas, de granos, de reconocer sus cualidades y su origen, de velar por su conservación, de prever su curso, de profetizar la abundancia ó la escasez de las cosechas, de procurarse cereales á buen precio ó de proveerse de ellos en Sicilia ó en Ucrania. Viéndole manejar sus negocios, explicar las leyes de la exportación y la importación de granos, y comprender

su espíritu y sus defectos, un hombre lo hubiera juzgado capaz de ser ministro de Estado. Paciente, activo, enérgico, constante y rápido en sus expediciones, tenía ojo de águila, se anticipaba á todo, lo preveía todo, lo sabía todo, lo ocultaba todo, era diplomático para concebir y soldado para marchar. Fuera de su especialidad, de su sencilla y obscura tienda en cuyo umbral pasaba las horas ociosas con el hombro apoyado en el quicio de la puerta, pasaba á ser el hombre estúpido y grosero, incapaz de comprender un razonamiento, insensible á todos los placeres del espíritu, el hombre que se dormía en el teatro y que sólo era fuerte en estupidez. Casi todas estas naturalezas se parecen, y en casi todos encontraréis siempre un sentimiento sublime en el corazón. Dos sentimientos exclusivos llenaban el corazón del fabricante de pastas y absorbían su cariño, como el comercio de granos absorbía toda la inteligencia de su cerebro. Su mujer, hija única de un rico cortijero de Brie, fué para él objeto de una admiración religiosa, de un amor sin límites. Goriot había admirado en ella su naturaleza frágil y fuerte, sensible y alegre, que contrastaba vigorosamente con la suya propia. Si algún sentimiento existe en el corazón del hombre ¿no estriba éste en el orgullo de la protección ejercida á cada paso en favor de un ser débil? unid á esto el amor, y comprenderéis una multitud de extravagancias morales. Después de siete años de dicha sin mezcla, Goriot tuvo la desgracia de ver morir á su mujer, la cual comenzaba á tener imperio sobre él fuera de la esfera de los sentimientos, y tal vez hubiera cultivado aquella naturaleza inerte y le hubiera instruído en las cosas del mundo y

de la vida. Al quedar viudo, el sentimiento de la paternidad se desarrolló en Goriot hasta el delirio, y reconcentró el afecto que sentía por la muerta en sus dos hijas, las cuales satisficieron al principio todos sus sentimientos, tanto, que á pesar de haber recibido brillantes proposiciones de negociantes que querían darle sus hijas, él se empeñó en permanecer viudo. Su suegro, único hombre que tenía algún ascendiente sobre él, aseguraba que Goriot había jurado no ser infiel á su mujer ni aún después de muerta. Las gentes del mercado, incapaces de comprender esta sublime locura, se mofaron de ella y dieron á Goriot algún grotesco apodo. El primero que se atrevió á pronunciarlo recibió, en el hombro, tal puñetazo del fabricante de pastas, que fué á caer á un metro de distancia. La abnegación irreflexiva y el amor sombrío y delicado que Goriot sentía por sus hijas era tan conocido, que uno de sus competidores, deseando hacerle marchar del mercado para quedarse solo, le dijo que Delfina acababa de ser cogida por un coche. El fabricante de pastas, lívido más bien que pálido, dejó á escape el mercado y estuvo enfermo varios días á causa de la reacción de sentimientos contrarios que le produjo aquella falsa alarma. Si no hirió con su terrible puño á su competidor, se vengó de él obligándole á abandonar el mercado á causa de una quiebra que él motivó en una circunstancia crítica. Como es natural, la educación de sus dos hijas fué perversa. Poseyendo sesenta mil francos de renta y no gastando mil doscientos para él, la dicha de Goriot consistía en satisfacer los caprichos de sus hijas: los mejores maestros se encargaron de dotarlas de los talentos propios

de una buena educación, tuvieron una señora de compañía que afortunadamente era mujer ingeniosa y de gusto, montaban á caballo, iban en coche, vivían como pudieran hacerlo las queridas de un anciano rico y les bastaba expresar sus más locos deseos para que su padre se apresurase á cumplirlos sin exigirles en cambio más que un beso ó una caricia. Goriot, el pobre hombre, elevaba á sus hijas á la categoría de ángeles y, como es natural, él quedaba por debajo. Pero no importa: aquel padre gozaba hasta con el mal que sus hijas le hacían. Cuando éstas fueron casaderas, pudieron escoger marido á su gusto, pues cada una debía recibir como dote la mitad de la fortuna de su padre. Cortejada á causa de su belleza por el conde de Restaud, Anastasia tenía inclinaciones aristocráticas que la llevaron á abandonar la casa paterna para frecuentar las altas esferas sociales. Delfina era aficionada al dinero y se casó con Nucingen, banquero de origen alemán que pasó á ser barón del santo imperio. Goriot siguió siendo fabricante de pastas. Sus hijas y sus yernos extrañaron verle continuar su comercio, que había sido el de toda su vida, y después de haberle instado durante cinco años para que lo abandonase, él consintió en retirarse con el producto de sus existencias y los beneficios de aquellos dos últimos años, capital que había sido estimado en ocho á diez mil francos de renta por la señora Vauquer, á cuya casa había ido á establecerse. Entró en esta casa de huéspedes á causa de la desesperación que le había causado el ver á sus dos hijas obligadas por sus maridos á negarse, no sólo á verle en casa, sino á recibirle ostensiblemente.

Esto era lo único que sabía un tal señor Muret del padre Goriot, cuyo establecimiento le había comprado. Así es que las hipótesis que Eugenio le había oído hacer á la duquesa de Langeais estaban confirmadas. Aquí termina la exposición de esta obscura, pero espantosa tragedia parisiense.

Á fines de aquella primera semana del mes de diciembre, Rastignac recibió dos cartas, una de su madre y la otra de su hermana mayor. Estos escritos tan conocidos la hicieron palpar de placer y temblar de terror. Aquellos dos sencillos papeles contenían una sentencia de vida ó de muerte para sus esperanzas. Si sentía algún terror acordándose de la angustia de sus padres, tenía sobradas pruebas de su predilección para no temer que hubiese chupado sus últimas gotas de sangre. La carta de su madre estaba concebida en estos términos:

«Mi querido hijo: Te envío lo que me has pedido. Emplea bien ese dinero, porque aun cuando se tratase de salvarte la vida, no podría encontrar por segunda vez una suma tan considerable sin que tu padre lo supiese, lo cual turbaría la tranquilidad de nuestro hogar. Para procurárnoslo sería preciso hipotecar nuestra tierra. No puedo juzgar el mérito de proyectos que no conozco; pero ¿cuáles pueden ser éstos para que temas confiármelos? Esta explicación no exige volúmenes, porque á nosotras las madres nos basta una palabra, y esta palabra habría bastado para evitarme las angustias de la incertidumbre. No puedo ocultarte la dolorosa impresión que me causó tu carta. Hijo querido ¿qué sentimiento te ha impulsado á causar tal espanto á mi co-

razón? Mucho debiste sufrir, porque yo sufrí mucho leyéndote. ¿Qué carrera emprendes? ¿Tu vida y tu dicha te obligan acaso á parecer lo que no eres, á ver un mundo que no puedes frecuentar sin hacer gastos que no puedes sostener, y á perder un tiempo precioso para el estudio? Mi buen Eugenio, ten fe en el corazón de tu madre y créeme que las vías tortuosas no conducen á nada grande. La paciencia y la resignación deben ser las virtudes de los jóvenes que están en tu situación. No te riño, no quisiera comunicar ninguna amargura á nuestra ofrenda. Mis palabras son las de una madre tan confiada como previsora. Si sabes cuáles son tus obligaciones, yo también sé cuán puro es tu corazón y cuán excelentes son tus intenciones; así es que puedo decirte sin temor. ¡Adelante, querido mío, adelante! Tiemblo porque soy madre; pero ninguno de tus pasos dejará de ir acompañado de nuestras bendiciones. Sé prudente, hijo querido; debes ser juicioso como un hombre, porque el destino de cinco personas que te son queridas depende de ti. Sí, toda nuestra fortuna eres tú, como tu dicha es la nuestra, y todos rogamos á Dios porque te secunde en tus empresas. En esta circunstancia, tu tía Marcillac se ha mostrado excelentemente buena, y llegaba hasta á concebir lo que me dices de los guantes; bien es verdad que, como ella misma dice, siente una gran pasión por el primogénito. Hijo mío, quiere bien á tu tía, cuya acción no te daré á conocer hasta que hayas salido airoso, porque, de lo contrario, su dinero te quemaría las manos. ¡Qué poco sabéis los jóvenes lo que es el sacrificar recuerdos! Pero ¿qué no sacrificaría una por vosotros? Me encarga que te diga

que te bese en la frente, y que quisiera comunicarte con su beso la virtud de ser siempre feliz. Esta buena y excelente mujer te habría escrito si no tuviese la gota en los dedos. Tu padre está bueno. La cosecha de 1819 colma nuestras esperanzas. Adiós, hijo querido. No te digo nada de tus hermanas, porque Laura te escribe y quiero dejarle el placer de comunicarte los acontecimientos de la familia. ¡Ojalá que salgas airoso en tu empresa! ¡Oh! sí, Eugenio mío, triunfa, porque me has hecho conocer un dolor demasiado vivo para que pueda soportarlo dos veces. No he sabido lo que era ser pobre hasta que deseé la fortuna para dársela á mi hijo. Vamos, adiós. No nos tengas sin noticias tuyas y recibe el beso que te envía tu madre.»

Quando Eugenio terminó de leer esta carta, lloraba amargamente y pensaba en el padre Goriot retorciendo los objetos de plata y vendiéndolos para ir á pagar la letra de cambio de su hija.

—Tu madre ha fundido sus joyas—se decía Eugenio,—y tal vez tu tía ha llorado al vender algunas de sus reliquias. ¿Con qué derecho maldecerías á Anastasia? Por egoísmo de tu porvenir acabas de hacer lo que ella hizo por su amante. ¿Quién es mejor, tú ó ella?

El estudiante sintió sus entrañas abrasadas por una sensación de intolerable calor; quería renunciar al mundo, quería dejar intacto aquel dinero, y experimentó esos nobles y hermosos remordimientos secretos cuyo mérito rara vez es apreciado por los hombres cuando juzgan á sus semejantes, y contribuye á veces á que los ángeles del cielo absuelvan al criminal condenado por los tri-

bunales de la tierra. Rastignac abrió la carta de su hermana, cuyas inocentes y graciosas expresiones le refrescaron el corazón.

«Querido hermano: Tu carta llegó muy á tiempo. Agata y yo queríamos emplear nuestros ahorros de tan diferentes maneras, que no sabíamos por cuál decidirnos. Has hecho como el criado del rey de España cuando tiró los relojes de su amo: nos has puesto de acuerdo. Á decir verdad, estábamos constantemente disputando acerca de cuál de nuestros deseos merecía la preferencia, y no habíamos adivinado cuál era el único empleo que encerraba todos nuestros deseos. Mi buen Eugenio, Agata saltó de alegría. En fin, hemos estado todo el día como dos locas, tanto, que mamá nos decía con su aire severo: «Pero ¿qué tienen ustedes, señoritas?» Si nos hubiesen reñido un poco, yo creo que aun hubiéramos estado más contentas. ¡Cuán gran placer debe sentir la mujer sufriendo por el que ama! Yo únicamente estaba pensativa y apenada en medio de mi alegría, y tal vez seré una mala mujer de mi casa, porque soy demasiado gastadora. Me había comprado dos cinturones y un bonito alfiler para sujetar los claveles en el pecho; de modo que tenía menos dinero que esta Agata, que es económica y amontona escudos como una pega. ¡Ella tenía doscientos francos! Yo, amigo mío, no tengo más que cincuenta escudos. Me veo bien castigada. Quisiera arrojar á un pozo mi cinturón, porque siempre me apenará llevarlo. Te he robado. Agata se ha mostrado encantadora, diciéndome: «Enviémosle trescientos cincuenta francos entre las dos»; pero yo

no he podido resistir al deseo de contarte las cosas tal como han pasado. ¿Sabes cómo nos hemos arreglado para obedecer tus órdenes? hemos tomado nuestro glorioso dinero, nos hemos ido juntas de paseo y, una vez en la carretera, corrimos á Ruffec, donde entregamos sencillamente la suma al señor Grimbert, el administrador de las diligencias. Al volver, vinimos ligeras como golondrinas. ¿Es que la dicha nos aligeraba? me dijo Agata. Nos hemos dicho mil cosas que yo no repetiré, señor parisiense, porque se trataba de usted. ¡Oh! querido hermano, te queremos mucho. Hélo aquí todo en dos palabras. Respecto al secreto, según mi tía, mascaritas como nosotras son capaces de todo, hasta de callarse. Mi madre ha ido misteriosamente á Angulema con mi tía, y ambas guardaron silencio acerca de la elevada política de su viaje, que no tuvo lugar sin largas conferencias, de las cuales fuimos desterradas, así como el señor barón. Grandes conjeturas ocupan los espíritus en el estado de Rastignac. El traje de muselina salpicado de flores que bordan las infantas para Su Majestad la reina avanza en el mayor secreto. Ha quedado decidido que no se haría muro de la parte de Verteuil, pero que se pondrá un seto. El pueblo menudo perderá con esto frutas y espaldares, pero en cambio se ganará una hermosa perspectiva para los extranjeros. Si el presunto heredero necesitase pañuelos, ha quedado decidido que, escudriñando la viuda de Marcillac sus tesoros y maletas designados con los nombres de Pompeya y Herculano, saque una hermosa pieza de tela de Holanda, cuya existencia ignoraba, y que las princesas Agata y Laura dispongan sus agujas, su hilo y sus manos siempre un poco

rojas. Los príncipes don Enrique y don Gabriel han conservado la funesta costumbre de saciarse de arrope, de hacer rabiar á sus hermanas, de no querer aprender nada, de divertirse en coger nidos de pájaros, de meter ruido y de cortar mimbres para hacer látigos, á pesar de las severas leyes del Estado. El nuncio del Papa, llamado vulgarmente el señor cura, les amenaza con excomulgarles si continúan dejando los santos cánones de la gramática por los cánones del belicoso saúco. Adiós, querido hermano. Jamás carta alguna ha rebotado tantos votos hechos por tu dicha ni tanto amor satisfecho. ¿Tendrás mucho que contarnos cuando vuelvas? Sí, á mí, que soy la mayor, ya sé que me lo dirás todo. Mi tía nos ha dejado entrever que has sido muy bien recibido entre la alta sociedad.

Se habla de una dama, más se calla el nombre.

»Mira, Eugenio, si quieres, podremos dejar los pañuelos y hacerte camisas. Respóndeme en seguida respecto á este punto. Si necesitas camisas bien hechas, tendríamos que poner acto continuo manos á la obra, y si en París hay hechuras que nosotros no conozcamos, envíanos patrones, sobre todo para los puños. Adiós, adiós. Recibe un beso en la parte izquierda de la frente, en la sien que me pertenece exclusivamente. Dejo la otra hoja para Agata, que me ha prometido no leer nada de lo que te digo; pero, para estar más segura, permaneceré á su lado mientras te escriba. Tu hermana que te quiere,

»LAURA DE RASTIGNAC.»